

DRAGÓ Y AYANTA

PACTO de SANGRE

Vidas cruzadas



Fragmentos de "Pacto de sangre. Vidas cruzadas", de Fernando Sánchez Dragó y Ayanta Barilli (Temas de Hoy). Aitana Sánchez-Gijón y los autores presentarán el libro el próximo jueves, día 14, en el Círculo de Lectores de Madrid (O'Donnell, 10). Entrada libre. Se servirá champán por cortesía de Mumm.

Texto de Dragó: "Tú y yo llevamos la misma sangre"

Acabas de nacer. Lo hiciste el 16 de septiembre. Hoy es 16 de octubre. Tienes un mes. A un niño no se le escriben cartas. Se le cuentan cuentos. Lo que ahora escribo es una carta dirigida al adolescente que algún día serás y es un cuento que aún no puedes oír. Cuando sepas hablar, te lo contaré. Cuando sepas leer, lo leerás.

Mi padre, en contra de lo que digo, me escribió una carta y la echó al buzón del vientre de mi madre. La conservo. Son las únicas palabras suyas que han llegado hasta mí, pues murió antes de que yo naciera. Quizá sabía que iba a morir, porque su ángel de la guarda se lo había susurrado, y por eso, aunque no se escriban cartas a los niños, él me la escribió. Quizá el ángel le anunció que nunca podría contarme un cuento.

Las personas, cuando crecen y más aún cuando envejecen, hacen cosas parecidas a las que hicieron sus padres, si son chicos, o sus madres, si son chicas. Tú también, cuando crezcas y más aún cuando envejezcas, las harás.

Yo ya soy viejo y por eso, como hizo mi padre cuando era joven, te escribo una carta y, además, te cuento un cuento, porque los hijos también tienen que hacer lo que sus padres no pudieron hacer.

Trata de ti. Tú eres su destinatario y su protagonista, pero no su héroe. Para llegar a lo segundo, si es que llegas, te sobra tiempo y te faltan albedrío, libertad y esfuerzo. ¿Cómo vas a ser un héroe si lo único que hasta ahora has hecho es mamar, dormir, berrear y volver a mamar? No es un gran mérito. Todos los bebés lo hacen.

Son cosas que están al alcance de cualquiera. Incluso de los monos. Nuestros antepasados lo fueron, pero tú, ahora, eres un cachorro de hombre con una semilla de heroísmo que granará o se agostará. Eso depende de ti.

La heroína de mi cuento es tu madre. Se llama Naoko. Nació en Japón y por eso tu nariz es chata, tus ojos rasgados, fuerte tu pelo, suave tu tez, ágiles tus dedos y llevas en la rabadilla la mancha azul de los mongoles.



Naoko Kuzuno con su hijo Akela

¿Qué es un héroe? Un héroe, o una heroína, es alguien capaz de llevar a cabo hazañas o acciones virtuosas. Todo héroe es digno de admiración y respeto. Yo respeto y admiro a tu madre. Tú tendrás que hacer lo mismo. Espero que lo hagas. No me decepciones. No la decepciones.

La admiración y el respeto hacia quien te llevó en su seno son acciones virtuosas, sí, pero no suficientes. Tendrás, por añadidura, que protegerla cuando yo falte, porque las madres envejecen mientras los hijos son jóvenes. Eso será una hazaña, y entonces serás un héroe.

Naoko te dio a luz, y nos la dio a todos, en el salón de casa, junto al sofá, al pie del piano, entre las butacas del tresillo y las paredes de tu hogar.

No lo hizo en una clínica, ni ayudada por médicos y enfermeras, ni sedada por medicinas, ni sajada por bisturíes. Lo hizo como antes se hacía, como se hizo siempre, como lo hice yo, como lo hicieron, por supuesto mandato divino, Adán y Eva, como lo hace, espontáneamente, madre natura.

Por eso es una heroína. Ella, sí. Fue, lo suyo, una especie de *seppuku*. Estaba dispuesta a inmolarse para que tu vida, cachorrillo, empezara bien. No en vano tu madre es japonesa. Obedecía al código moral inscrito en su genoma: el de los samuráis, el del *bushido*, el de los kamikazes. Viento divino era el que la llevó a parir en casa. *Un bel morir tutta una vita onora*¹. O dos vidas, en este caso: la suya y la tuya, Akela. No hizo falta llegar a tanto.

En otros tiempos habría sido distinto. Dar a luz en la misma cama donde se había concebido al nascituro, sin médico ni medicinas, era entonces lo usual, lo natural, pero ahora es, por insólito y atrevido, un hecho heroico, una acción virtuosa, una hazaña.

Quien la acomete corre riesgos. Eso es verdad. Yo no la aconsejaría a nadie y menos aún la impondría, porque el riesgo siempre tiene que ser fruto de la libre decisión de quien lo acepta, pero tampoco la impediría. Verdad es también que sin riesgo no hay heroísmo.

Éste no exige soledad, aunque la admita. Puede ser compartido, y eso ayuda. Naoko, de hecho, no estaba sola. Nunca lo estuvo. Fuimos muchos quienes le hicimos compañía y, al hacerlo, te acompañábamos: tu hermana, tu sobrina, una amiga japonesa, una comadrona, una doula y cuatro gatos... ¡Ah! Y yo, tu padre.

¹ Petrarca.



Dragó escribe con Akela en brazos. De fondo, la gata Dami

Sé raro, te decía. Nunca dejes de serlo. Los gatos lo son. No hay dos que sean ni siquiera parecidos. No te parezcas tú tampoco a los demás. No tengas semejantes. No te iguales a nadie. No te asocies con nadie. Sé siempre cordial, simpático, alegre, bueno, generoso y amable, pero no sociable.

Eso y sólo eso —lo último— es lo que pretenden quienes te llevan, a la fuerza, al cole: que seas un buen ciudadano y te conviertas en súbdito, que acates las leyes ajenas aunque contradigan lo que te dicte la conciencia y la razón te proponga, que seas útil a la sociedad por más que en ella reine la suciedad, que...

¡Rin, rin! Me telefona en este momento tu madre —yo estoy en Tokio— para decirme que tu nombre, Akela, transcrito en *kanjis*, significa «alegre y bueno». ¿Ves? Justo lo que te decía. La llamada de Naoko no es una casualidad. Las casualidades no existen, lobito. Todo tiene un porqué.

En ese salón, el de tu nacimiento, hay un piano de media cola. Lo compró tu madre, pero ya no lo utiliza. Está siempre callado a la espera de una mano de nieve. ¡Cuánta nota duerme en sus cuerdas! Quizá tú, algún día, aprendas a tocarlo, levantes su tapa, lo despiertes, apoyes los pies en sus pedales y dejes que tus dedos corran y brinquen sobre las teclas, mientras yo, ya decrepito, pero vivo aún —tic tac, tic tac, tic tac— te escucho desde una butaca, respetuoso y silente, con un libro entre las manos, un gato en las rodillas y los ojos entornados.

Y si esa música, lobito, fuese la de las últimas campanas que cantan en mi corazón, moriré sonriente y contento.

(p. 144)



Ayanta abraza a su hermano Akela

Iban pasando las horas. Todo transcurría con normalidad e incluso, para mi sorpresa, con inesperada suavidad. Mi aprensión, poco a poco, se desvanecía.

¡Mira que si Naoko tenía, a la postre, razón, y era mucho más aconsejable parir en casa, con calorcillo humano y olor a hogar, que hacerlo en un hospital mecanizado y masificado!

El coraje siempre acierta...

En eso pensaba yo, Akela, sentado muy cerca de tu madre, acariciándola de vez en cuando y gastándole bromas para quitar hierro a lo que no lo tenía, mientras mis cinco sentidos, curiosos y alertas, registraban cuanto pasaba en torno a mí.

No, no, Akela. Rectifico... En torno a ti, protagonista de una comedia sentimental en la que tu madre era la heroína, flanqueada por cuatro actrices secundarias, sin contar a Dami, y yo el último mono.

Mis ideas acerca del parto no podían ser más desacertadas. Lo fueron, al menos, en lo relativo al tuyo.

Estaba yo convencido de que todo aquello —el salón, los muebles, el suelo, las paredes, la colchoneta, las cortinas, la alfombra, el piscinón y hasta el piano— iba a verse sumergido por un furioso oleaje de flujos sanguinolentos.

No lo hubo. Nada, que yo percibiese, salió de las entretelas de Naoko. Nada, subrayo. No vi una sola mancha, y menos aún sanguinolenta. Quizá las hubo, pero tan tenues que no las advertí.

Creí que escucharía gritos espantosos, como los de los réprobos que se pudren en el infierno, y vituperios contra mí —me habían dicho que eso pasa— salidos de la boca de Naoko como si fuese la niña de *El exorcista*.

Pues no. No me insultó, no gritó, ni siquiera gimió, no se quejó. Sólo oí susurros, algún que otro cuchicheo de la doula y la comadrona, el ronroneo de Damisela y, a medida que el alumbramiento se acercaba, crujidos musculares generados por las contracciones.

Éstas iban llegando en forma de oleadas sucesivas, cada vez más intensas, cada vez más frecuentes, cada vez más apremiantes. Pero esa marejada, que duró varias horas, siempre fue mansa y de gobierno fácil. No parecía concebible que ni tú ni tu madre pudierais naufragar en ella.

¿Sabes, Akela, que el dios de la Biblia impuso a sus seguidores el mandato de parir con dolor?

Y le obedecieron. ¡No iban a obedecerlo tratándose de un dios!

Aprende a desobedecer, Akela. Desobedientes son los lobos y los gatos. No acates la voluntad de los dioses ni la tiranía de las leyes. Ten sólo una ley: la de tu conciencia. Y perdona que insista, en eso, tanto.

Parir con dolor... ¿Por qué? ¡Todo parecía tan fácil, tan al alcance de cualquiera, tan natural!

Naoko ni siquiera estaba sedada. No hubo, ya lo dije, ni antes, ni durante, ni después del parto, medicación ni medicalización alguna.

¡Hopla!

Naciste, Akela, y ya está.

(pp. 144 y 145)



«Ostras. El plato favorito de tu padre. Y champán [...] Voy a darte un consejo: cuando descorches tu primera botella de champán, procura hacerlo en compañía de una mujer que te guste y a la que gustes.»

A eso de las seis y media, calculo, la comadrona dijo:

—Ya está aquí... Toca, toca.

Cogió mi mano y la condujo hacia el pubis de Naoko. Allí, en el umbral de la puerta de acceso al mundo, tu cabeza pugnaba por asomarse a él.

Y, tal como me sugería no sé ya si Aythami o Paca, monta tanto, la toqué.

Fue emocionante, Akela. Tuve ese privilegio: el de ser la primera persona que sintió el calor de tu piel, los latidos de tu corazón, el fluir de tu sangre, la vida que llegaba, que trepaba, que saltaba...

Y en ese mismo instante descendió sobre mí el Espíritu Santo de la paternidad.

Un sacramento, lobito. Pensé en la Anunciación. Me acordé de Fiésóle y de Fra Angélico. Atisé el centelleo del rayo de sol que en Palestina atravesó el cristal.

Todo a la vez.

Naoko, como María, se llenó de gracia.

Fue así, lobito. No me preguntes por María, ni por Fra Angélico, ni por Fiésóle, ni por...

Da ahora lo mismo. Ya lo entenderás.

Una de las mujeres, quizá Aythami, quizá Paca, pues eran ya las dos, a mis ojos, como una benévola deidad bifronte, me dijo:

—Eso nunca se olvida, Fernando. El niño reconoce siempre a quien lo toca por primera vez. Lo mismo sucede con la voz.

Habla, dile algo...

No fui muy original. No supe serlo.

—¡Hola, lobito! Soy papá. ¡Bienvenido a casa!

Y moví la mano en gesto de saludo. Una idiotez, Akela, porque la tapa del cráneo no tiene ojos.

Tu cabeza iba y venía, se acercaba y se alejaba, aparecía y desaparecía...

Por fin, emergió del todo, como un submarinista que regresa a la superficie del mar, como un pez de plata que vuela sobre ella, y ya no volvió a esconderse.

Habías nacido, Akela.

(pp. 147 y 148)



Dragó lee. Sus hijas Ayanta y Aixa lo imitan (Sierra Nevada, 1985)

Texto de Ayanta: “*Bravo quel papá li!*”

Mi hija Caterina se negaba a irse a la cama y nos acompañaba en silencio. Los gatos merodeaban por la estancia, siempre despiertos. La comadrona y su ayudante sonreían y susurraban consejos. Naoko comía una pelota de arroz blanco, entre respiración y respiración. Te fuiste a dormir y yo me quedé. De la bañera a la cama. De la cama al sofá. Del sofá al futón. Del futón al sillón. Del sillón a la pelota. De la pelota a la estantería. De la estantería a la bañera otra vez. De la bañera al baño. Del baño al suelo. Del suelo a una silla. De la silla a la mecedora. De la mecedora a la cama otra vez. Y así. Hasta el infinito. No había posición que aliviara el dolor más allá de pocos minutos. Naoko estaba desnuda. Yo le masajéaba la espalda, le sujetaba el vientre, la abrazaba por detrás y nos quedábamos las dos en posición fetal. Muy juntas. Le besaba la cabeza, las manos, los hombros. Tenía la piel blanca y suave. Compartir con ella esos momentos fue casi una experiencia sexual. Pensé, padre, que tenías mucha suerte de tener una

mujer tan bella a tu lado. Tan fuerte. Tan valiente. Tan capaz. Ya sé que todas las mujeres lo son. Que casi todas pueden traer un niño al mundo. Pero asistir a ese despliegue de habilidades instintivas me parece un elemento mágico imprescindible para entender la naturaleza de lo que nos rodea. Un nacimiento es un milagro, una proeza, un imposible hecho realidad. Siempre nace un dios de una virgen. Por eso lo festejamos. Y por eso, mi papel en esta historia era que tú no te lo perdieras. Tenías que vivirlo por varios motivos. Por ser un hombre, por ser un padre. Y por ser un escritor. Una vez más todo se convierte en un círculo, una esfera, un globo con hilo y alas. Por eso Naoko, entre una contracción y otra, me preguntaba si vendrías, si estarías cuando el niño asomara la cabeza. Me decía que si no la acompañabas en ese momento, las cosas entre vosotros nunca volverían a ser igual.

—Si no está él, estaré yo —le contestaba.

(p. 258)



Dragó, Caterina Barilli y Ayanta en 1970

O sea, que recé, padre, para que dejaras de aporrear el ordenador, para que te levantasas y salieras de tu despacho, para que le dieras a tu mujer y a tu hijo lo que necesitaban. Pero, sobre todo, para que tú pudieras vivirlo. Y por si la técnica de los rezos no funcionaba, también me presenté varias veces en tu despacho. Disimulando. Como si pasara por allí.

—¿Qué? ¿Ya?

—No, pero casi. ¿Vienes?

Y no venías. Y yo iba y volvía. Hasta que a mi enésima interrupción, dejaste de escribir y me miraste con infinita paciencia.

—Dime tú qué tengo que hacer.

—Ven, padre.

No creo en las casualidades, ya lo he dicho. Y tú tampoco. Todo responde a una razón. A un dibujo trazado con tinta indeleble, que es el camino que marcamos a cada paso. Si el parto se prolongó más de lo necesario es porque Akela no tenía prisa por nacer. Más inteligente que ninguno de nosotros, te concedía la oportunidad de ser el padre que no fuiste. Y de ser el padre que no tuviste. No podías morir sin ver nacer al último de tus hijos. Tenías que ser testigo de su primera bocanada de oxígeno. Por justicia poética. Porque si no, tu historia, aquélla que vives y no escribes, no habría encontrado un buen final. Por eso apareciste y te sentaste a nuestro lado en silencio. Y no sabes cómo agradecí tu presencia. Me di cuenta de hasta qué punto te habíamos esperado. Naoko, tu hijo y yo.

Le diste la mano a tu mujer y asististe emocionado al último esfuerzo. Naoko se dormía entre un espasmo y otro mientras la comadrona le hacía inspirar esencias para que pudiera continuar. En ese estado alucinatorio, de repente abrió los ojos y te preguntó:

—¿Quieres tener a este hijo?

—Sí —contestaste—. Sí, quiero.

Y en todos esos meses de huida, de rabia, de zozobra, lo quisiste por primera vez. Entendiste entonces que no era el final, sino el principio. Que la edad la marcan nuestros actos y no el tiempo transcurrido. Que merecía la pena estar allí y ser el jefe de la manada y pasar el testigo a un niño que nacería de ti y por ti. *Sempre avanti!*, padre, *sempre avanti!* Cuando Akela asomó la cabeza, la sostuviste en tus manos y descubriste sus ojos de avellana. Fuiste tú quien le cortó el cordón umbilical y le otorgó su libertad primera. Habías tenido un hijo a imagen y semejanza de Naoko y tuya, justo lo que deseabas. No había razón para tener miedo, porque todo estaba en su sitio. Respondía a las reglas genéticas más secretas de tu ser. Un pacto de sangre. Por eso llamaste a tu hijo como al lobo de *El libro de la selva*.

Ese lobo que llegaste a ser en los días (azules) de tu infancia.



Dragó y Ayanta preparan su Land Rover para emprender viaje

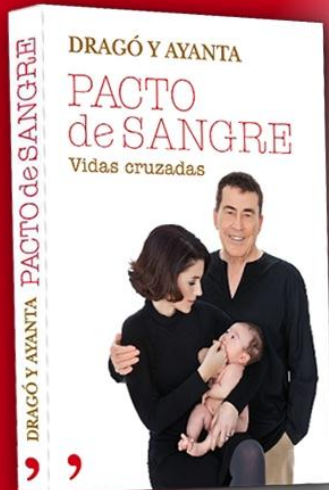
El abecedario comienza por la *a*. Es el primer trazo sobre papel.

Una *A* mayúscula. La *A* por la que empiezan los nombres de tus cuatro hijos: Alejandro, Ayanta, Aixa y Akela. Y es la génesis de una historia. De la tuya. De la nuestra. Un relato sin tiempo.

Sin fechas ni orden. Un viaje concéntrico por tierra y mar, bajo el sol. Bajo la lluvia.

O bajo el diluvio de tu máquina de escribir, que es la música de mis recuerdos. De los reales y de los imaginarios. De los vividos y de los soñados. Cuando era pequeña, solía dormir a los pies de tu escritorio con esa canción de cuna. Me envolvía en una manta. Me echaba en el suelo. Y te acompañaba mientras tecleabas, letra a letra, cientos de páginas. De vez en cuando, me despertaba y allí seguías, rodeado de folios, de títex, de diccionarios, de libros, fichas, apuntes, fotos y castañas pilongas, musitando palabras incomprensibles. No te cansabas nunca.

(pp. 263-264)



Temas de Hoy se complace en invitarle a la presentación del libro

PACTO de SANGRE

Vidas cruzadas

de FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ y AYANTA BARILLI

Acompañará a los autores:

AITANA SÁNCHEZ GIJÓN, actriz



Se servirá champán por cortesía de Mumm

temas de hoy.

Círculo
de Lectores

Jueves, 14 de marzo, a las 19.30 h.
Centro Cultural de Círculo de Lectores
(C/ O'Donnell, 10. Madrid)
Entrada libre hasta completar aforo